

Prólogo



Lucía Federico

Es Doctora en Epistemología e Historia de la Ciencia por la Universidad Nacional de Tres de Febrero y Licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como docente-investigadora en el Centro de Estudios de Filosofía e Historia de la Ciencia de la Universidad Nacional de Quilmes y en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Está a cargo del curso de *Epistemología en Enfermería* en la Licenciatura en Enfermería (UNQ), coordina la materia transversal de grado *Metodología de la Investigación* (UNTREF), y es profesora en la Maestría en Filosofía (UNQ) y en el Doctorado en Epistemología e Historia de las Ciencias (UNTREF). Su actividad investigadora se centra en la filosofía especial de la ciencia, con principal atención a las ciencias de la salud, la enfermería y la biología. Dirige proyectos en filosofía de la enfermería, y sus trabajos académicos se encuentran publicados en numerosos artículos y capítulos de libros, tanto en el país como en el exterior.

Este Número especial de la revista *Intercambios* presenta una selección de trabajos que abordan temas contemporáneos del amplio campo de la Filosofía. Los artículos aquí reunidos son el resultado del proceso reflexivo de tesis de la Maestría en Filosofía de la Universidad Nacional de Quilmes, y se inscriben en el horizonte académico y crítico que define a esta carrera de posgrado. Si bien la mayoría de las contribuciones se articulan en torno a las dos áreas de excelencia del programa —la Filosofía Social y Política y la Filosofía de la Ciencia y la Tecnología—, el volumen refleja también el carácter plural y abierto del pensamiento filosófico, cuyas preguntas y herramientas se proyectan hacia múltiples dominios del saber y de la vida social.

Pese a la diversidad temática, todos los trabajos comparten una misma orientación: se distinguen por su carácter interpelativo, analítico y situado, es decir, por la manera en que la Filosofía se piensa a sí misma y piensa el mundo. En este sentido, el volumen puede leerse como una muestra del modo en que la Filosofía, concebida como una actividad interpretativa de segundo orden, rigurosa en sus distinciones y atenta a los contextos históricos, ofrece herramientas críticas para comprender y transformar nuestras formas de vida. La Filosofía es un campo vivo en el que se cruzan ciencia, política, técnica, ética y lenguaje. Y la brújula para orientarse en esa complejidad es precisamente la que la Maestría se propone brindar a quienes eligen transitar este camino de formación.

Sobre el filosofar y sus formas: una invitación a pensar

¿Qué es la Filosofía? Formular esta pregunta exige, en primer lugar, una serie de precisiones, ya que el término “Filosofía” es marcadamente polisémico. Como señala Gustavo Bueno, en un sentido amplio, la Filosofía puede entenderse como una cosmovisión del mundo, lo que habilita a hablar de múltiples filosofías, tantas como culturas han elaborado formas propias de interpretar la existencia. No obstante, en un sentido más restringido, el término alude a una tradición particular: la Filosofía académica, que es la que se aborda en esta maestría. Esta tradición, al igual que la Geometría, constituye una creación situada histórica y culturalmente en el ámbito helenístico. Filosofar, desde esta perspectiva, implica inscribirse en una genealogía que remite a figuras como Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Spinoza, Hume, Kant, Hegel, entre otros, y a los desarrollos que esas corrientes han tenido dentro de instituciones específicas. Son estas tradiciones las que suelen recorrerse en los manuales de Historia de la Filosofía, desde los presocráticos hasta los pensadores contemporáneos.¹

Ahora bien, interrogarse por la propia naturaleza de la Filosofía es, paradójicamente, una de las preguntas más propiamente filosóficas. Como advierte Carlos Ulises Moulines, lo distintivo de esta disciplina es su capacidad —y disposición— para interrogarse a sí misma de manera radical.² Esta actitud no se reduce a un mero recurso retórico, sino que expresa una disposición fundamental: el filosofar constituye una forma de pensamiento autorreflexivo, generalizado y recursivo, que no duda en aplicarse incluso a su propio quehacer. Por ello, la Filosofía puede caracterizarse como “la actividad intelectual que consiste en un pensamiento generalizado e ilimitada-

mente recursivo en todas sus dimensiones”.³ Así, tanto en su acepción más amplia como en su forma académica, la Filosofía mantiene viva su vocación de pensarse a sí misma mientras se esfuerza por interpretar —y eventualmente transformar— el mundo.

Esa recursividad, propia del lenguaje humano, permite hablar no sólo de las cosas —la guerra, el habla, la ciencia, la ética, la política—, sino también de nuestras formas de hablar de ellas. Filosofar, entonces, es también filosofar sobre el filosofar. Y si este gesto parece excesivo, quienes consideran dudosa la empresa filosófica encontrarán en la meta-filosofía un auténtico “rizar el rizo”.⁴ Como enfatiza José Pablo Feinmann —un filósofo que popularizó la Filosofía por estas latitudes—, la Filosofía es la disciplina que reflexiona sobre todas las disciplinas; es, en definitiva, “un saber de saberes”, en su sentido original griego.⁵

Sin embargo, lejos de ser una extravagancia, esta actitud reflexiva resulta inevitable. La pregunta ulterior —¿por qué filosofar?— recibe una respuesta tajante en *Pluralidad y recursión*: “Sólo una sociedad muy bruta y totalitaria podría impedirlo [...] es tan inevitable como el hablar sobre el habla”.⁶ Pensar es una actividad humana básica, y construir conocimiento no es sino pensar ordenadamente.

Según señala David Alvargonzález, la tarea de la Filosofía académica consiste en brindar orientación racional ante los desafíos del presente, mediante un análisis crítico en continuidad con su tradición.⁷ Problemas como el aborto, la eutanasia, la clonación, la ética, la pena de muerte, el racismo, la migración, el derecho, el cambio climático, la

³ *Ibidem*, p. 16.

⁴ Cfr. Moulines, U., *Exploraciones metacientíficas*, Madrid, Alianza, 1982.

⁵ Cfr. Feinmann, J. P., *La Filosofía y el barro de la historia*, Buenos Aires, Planeta, 2010.

⁶ *Op. Cit.*, p. 32.

⁷ Alvargonzález, D. “Filosofía, ¿para qué?”, *Tópicos (México)*, 2020, (59), pp. 429-442.

¹ Cfr. Bueno, G., *¿Qué es Filosofía?*, Oviedo, Pentalfa, 1995.

² Cfr. Moulines, U., *Pluralidad y recursión*, Madrid, Alianza, 1991.

inteligencia artificial o las pseudociencias, entre muchos otros, requieren respuestas informadas por la ciencia, pero no se resuelven únicamente desde ella. Feinmann diría que la ciencia no se piensa a sí misma.⁸ Y Heidegger, tan provocador, decía que la ciencia no piensa. Su abordaje exige una perspectiva interdisciplinaria y reflexiva que es propia del tratamiento filosófico académico, capaz de coordinar racionalidad y coherencia frente a una diversidad creciente de dilemas contemporáneos.

Este Número se propone mostrar cómo se construye ese pensamiento que entendemos como filosófico: una forma de pensamiento que interpreta, conceptualiza, distingue y problematiza los productos culturales humanos desde una perspectiva reflexiva de segundo orden. El Número es una muestra del tipo de pensamiento que la maestría cultiva y promueve.

Si bien es difícil ofrecer una definición exhaustiva de la Filosofía, dada la amplitud de sus intereses, métodos y tradiciones, puede sostenerse que la Filosofía es, ante todo, una actividad interpretativa. Se trata de aplicar ciertos aparatos conceptuales a diversos dominios —la ciencia, la moral, el arte, la política, la tecnología— que, por lo general, son productos culturales surgidos en contextos sociohistóricos específicos.

En este sentido, la Filosofía forma parte de las humanidades, en la medida en que su objeto de análisis son precisamente estos productos culturales, más que los fenómenos naturales, políticos o los artefactos técnicos.

A su vez, Feinmann señala que toda Filosofía surge dentro de un marco histórico y lingüístico, surge para responder a otra Filosofía, para cuestionarla e intentar superarla.

Sea cual sea esa tradición, una de sus tareas centrales consiste en elaborar buenas distinciones conceptuales, lo que permite clarificar y desentrañar problemas com-

plejos. Como muchos advierten, las distinciones más fructíferas en Filosofía no son dicotómicas —blanco o negro—, ni tampoco unívocamente continuistas —todo es gris—, pues ambas posturas resultan paralizantes: la primera por su rigidez, la segunda por su ambigüedad. En cambio, Moulines defiende un principio de *gradualidad*, según el cual las distinciones conceptuales más útiles obedecen a la variación continua de propiedades.

Más aún, estas distinciones no se descubren, sino que se forjan. Son producto de objetivos teóricos específicos y de marcos interpretativos determinados: “Esto debería ser una perogrullada filosófica desde Kant —acota Moulines—, pero muchas discusiones sobre determinadas distinciones conceptuales parecen mostrar que son una perogrullada ignorada”.⁹

El descuido de este hecho lleva con frecuencia a discusiones infructuosas, donde las partes no comparten el mismo punto de partida ni los fines de la distinción que pretenden establecer. Por ello, afirma el filósofo, a la gradualidad debe sumarse el principio de *multidimensionalidad*, que reconoce la necesidad de construir sistemas conceptuales complejos y entrelazados para captar la riqueza de los fenómenos estudiados.

Ambos principios —gradualidad y multidimensionalidad— constituyen los pilares de un “superprincipio filosófico”, un principio de pies de plomo que advierte acerca de la existencia de actitudes que se acercan a la Filosofía en busca de visiones totalizantes o esquemas simplistas, sin atender la complejidad de lo que es *el caso*. El superprincipio reza así:

Antes de hacer aseveraciones filosóficas contundentes, sondear bien el panorama conceptual en todos sus recovecos.¹⁰

Esto último es una expresión concreta del enfoque pluralista que anima el programa de formación, mostrando

⁸ *Op. Cit.*

⁹ *Ibidem*, p. 35.

¹⁰ *Ibidem*, p. 39.

cómo distintas escuelas y metodologías pueden converger en la problematización crítica del presente.

Una práctica filosófica rigurosa exige preguntas claras, respuestas explícitas, argumentaciones bien fundadas y conclusiones revisables. Estas son las tareas que toda Filosofía comprometida debe asumir. Pero, como adelantamos, se trata de una actividad situada: se piensa desde tradiciones, en marcos comprensivos y referentes históricos determinados. Ninguna Filosofía es neutral o inocente en este sentido, y parte de su ejercicio consiste en hacer visibles sus propios supuestos.

Consciente de esta necesidad de rigor y apertura, el presente Número reúne trabajos provenientes de dos áreas fundamentales del quehacer filosófico contemporáneo: la Filosofía política y social, y la Filosofía de la ciencia y la tecnología. Ambas disciplinas comparten el interés por analizar críticamente los productos culturales que moldean nuestra vida colectiva: las formas de organización política, las prácticas científicas, las estructuras de poder, los saberes legitimados y las tecnologías que median nuestras relaciones.

A modo de cierre de este prólogo, vale la pena recordar una imagen especialmente sugerente que ofrece Moulines sobre la Filosofía en *Pluralidad y recursión*:

El jardín filosófico es ciertamente muy desordenado y difícilmente abarcable con la mirada, y todos los días encontramos en él nuevas curiosidades [...]. El jardín filosófico no es en realidad ningún jardín, sino más bien una jungla salvaje [...]. En nuestra calidad de individuos que no podemos sino sentirnos atraídos por esta jungla, con todas sus sorpresas, no tenemos por qué hacernos ilusiones y creer (o hacer creer) que la selva es un jardín francés. No obstante, debemos intentar orientarnos en ella, pues hay caminos, y no todos los caminos son iguales. La diferencia estriba en determinar a dónde queremos ir. Esta es realmente la cuestión radical del principio de todo filosofar. Ella es la primera que hay que aclarar, antes de que nos dispongamos a emprender la actividad filosófica.¹¹

Esta potente metáfora subraya tanto la riqueza como la complejidad del ejercicio filosófico, que lejos de ofrecer trayectos ordenados y evidentes, exige una orientación constante y crítica. En ese sentido, la sistematicidad propia de la Filosofía académica, tal como señala Alvargonzález, puede entenderse como una forma de transitar esa “selva filosófica”: un método que aspira a la mayor exhaustividad posible, analizando y evaluando detenidamente las distintas corrientes, alternativas y teorías.¹² A menudo, las posiciones que finalmente se adoptan no se destacan por una claridad inmediata, sino porque, tras un riguroso proceso crítico y polémico, se revelan como las que presentan menos debilidades frente al escrutinio racional.¹³ Así entendida, la Filosofía académica no pretende ordenar la selva, sino ofrecer herramientas para orientarse en ella con lucidez y responsabilidad.

Este volumen pretende ser una brújula modesta en esa jungla, una invitación a pensar con cuidado, a distinguir con precisión y a argumentar con responsabilidad. Lo que sigue es una breve muestra de este proceder filosófico, una mirada plural sobre los productos culturales desde perspectivas diversas, pero unidas por un mismo compromiso: el del buen filosofar.

La maestría concibe a la Filosofía como una forma de intervención activa en el presente. Como afirma Feinmann, la tarea de la Filosofía ha sido, históricamente, interpretar el mundo con el horizonte de transformarlo.¹⁴ En esa misma línea, este Número asume el compromiso de pensar nuestro tiempo recorriendo la densa selva de conceptos que la Filosofía pone a nuestra disposición, entendidos como herramientas para reflexionar sobre el mundo y explorar sus posibilidades de transformación.

¹² Alvargonzález, p. 431.

¹³ *Idem.*

¹⁴ Feinmann, 2010.

¹¹ *Ibidem*, p. 30.